

P. Juan Lehman

¡Ave crux, spes única! ¡Salve, oh cruz, única esperanza!

El mundo, valle de dolor. — Se refiere en una antigua leyenda, que Adán pidió a Dios que le mostrase las consecuencias de su pecado. Dios entonces le hizo ver tres inmensos océanos: uno de sudor, otro de lágrimas y el tercero de sangre, diciéndole: He aquí los frutos de tu pecado. ¿Acaso no es verdad?

a) *Océano de sudor*. ¿No es el mundo un mar de sudor? Ved a millones de hombres trabajando afanosamente, en oficinas y talleres, encima y debajo de la tierra, entre las peligrosas olas, empeñados todos en dura y terrible lucha por la vida.

b) *Océano de lágrimas*. ¿No es el mundo un océano de lágrimas? ¿Quién podrá contar las lágrimas de los huérfanos, de las esposas y madres, de los enfermos y agonizantes? ¿Las que en sólo una noche se derraman en cárceles y hospitales?

c) *Océano de sangre*. ¿No es el mundo un piélago de sangre? Las luchas, las revoluciones, las guerras no se extinguen jamás. Mientras aquí las campanas anuncian la celebración de la paz, la bandera de la rebelión se agita en nuevos países, y el clarín de guerra resuena en otras fronteras. El mundo es realmente un valle de miserias, un mar de dolores. ¡Cuánta miseria no se alberga en una sola ciudad! Díganlo si no los hospitales, manicomios, hospicios, institutos para ciegos, sordomudos, etc. El dolor y el sufrimiento fuerzan las puertas de ricos y de pobres. Y hay quien afirma, quizá con razón, que los palacios son más visitados que los pobres tugurios, por las lágrimas. ¿De dónde viene el dolor? ¿Cuál es su causa y su razón de ser? Los paganos de la antigüedad no hallaron respuesta satisfactoria. El paganismo moderno, tampoco. En medio de su perplejidad e impotencia, llega a proponer el exterminio de los que sufren. La religión cristiana resuelve el problema del dolor. Cristo crucificado es la luz entre las tinieblas del sufrimiento.

La cruz de Cristo nos hace comprender la razón del dolor, nos proporciona valor para sufrir, y nos consuela en el desaliento.

1. **El por qué del dolor.** — a) *Jesús recorrió el camino de la cruz*. El Padre celestial entregó a su Unigénito Hijo a la muerte ignominiosa de cruz. Siendo esto así, nuestra cruz no nos debe parecer piedra de escándalo. Siendo esto así, deben cesar los porqués de nuestros sufrimientos. Cristo es nuestro Maestro. Si él recorrió el sangriento camino de la cruz, no puede haber para nosotros otro camino. Estamos llamados a sufrir (I Pedr., 2, 21).

b) *No hay otro camino para el cielo*. Por donde quiera que fueres encontrarás la cruz. Está siempre dispuesta, hecha para tus hombros, y sólo espera el

momento propicio para descargar su peso sobre tu existencia. 'A muchos parecen duras estas palabras del Salvador: 'Renúnciate a tí mismo, toma tu cruz y sígueme'. Pero mucho más duras serán aquellas que pronunciará en el día del juicio: 'Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno' (Imit. de Cristo, Libr. II, cap. 12, 1).

c) *El dolor nos purifica y santifica.* 'El dolor forma parte del plan y de la obra de salvación. El sufrimiento no es sólo un medio de purificarnos, no es sólo un castigo por nuestros pecados; es mucho más aún: es instrumento de santificación, medio de alcanzar la gracia, fuente de los mayores merecimientos para el cielo, y regalo exquisito del divino Amor. No debemos preguntar: ¿por qué he de sufrir yo tanto? Digamos más bien, cuando el sufrimiento nos distingue con su visita: ¿Por qué razón habría de estar yo sólo exento del dolor? Venga en buena hora; lo esperaba; ya nos conocemos' (Keppler).

2. La Cruz de Cristo nos proporciona valor en el sufrimiento. — Quien acompaña a Nuestro Señor en el camino de la cruz, y contempla sus sufrimientos en la segunda, tercera, séptima y novena estación, soporta más valerosamente su propia cruz, y menos teme los sufrimientos que acometerle puedan. En todos sus dolores y pesares el recuerdo de su divino Maestro le hará exclamar: 'Jesús mío, Vos sufristeis más aún; Maestro mío, Vos hicisteis más que yo'.

¿De dónde sacaron los Santos la fuerza para sufrir el martirio cruento o incruento, con tanta paciencia, resignación y hasta alegría, sino de la Cruz de Cristo? Existen cartas edificantísimas de soldados de la gran guerra, en las que expresan su unión con la Cruz de Cristo en los momentos más tristes, en las horas más angustiosas de la encarnizada lucha en las trincheras. He aquí las palabras que un joven recluta escribió en la Semana Santa de 1917: '¡Cuán pesados son los sacos de cemento que debo cargarme y llevar a la línea de fuego; pero más pesada todavía era la cruz que mi querido Salvador tomó sobre sus hombros llagados y maltratados. Jesús mío, dadme fuerza y gracia para tomar la cruz sobre mí y seguiros'.

3. La Cruz de Cristo nos consuela y nos alienta. — Así como los judíos en el desierto se sentían animados y fortalecidos, cuando levantaban sus ojos hacia la serpiente de bronce, así también, y en mucho mayor grado, quedamos nosotros consolados y confortados al mirar la Cruz del Salvador. Ella transforma y da valor a todos los sufrimientos de la tierra. La claridad, que de ella se desprende, penetra en el seno del dolor y del pesar más profundo. ¡Qué dulce consuelo sienten los pobres, los afligidos, los agonizantes, cuando acude a su mente el recuerdo y la imagen de Jesús llevando a hombro su Cruz hasta el Calvario!

a) *Ejemplos:* El mariscal Tilly, herido gravemente en un combate, pidió que al pie de su lecho colocasen el crucifijo, para tener así al alcance de sus ojos la imagen del Salvador.

Lacordaire (+ 1861), entre los estertores de la agonía, mirando al crucifijo, murmuraba: 'Ya que apenas puedo hablarle, quiero al menos mirarle'.

Un protestante norteamericano, viajando por Algeria, tuvo deseo de conocer una leprosería allí existente, y fué a verla. Admirado del espíritu de abnegación de las religiosas, que se dedicaban al servicio de los enfermos, dirigiéndose a una de ellas, que era americana, le dijo: 'No permanecería yo aquí, aunque me diesen diez mil dólares de renta al año'. —'Tiene razón el Señor —replicó la Hermana—; tampoco yo permanecería aquí, aunque me diesen cien mil dólares'. —'Entonces... ¿cuánto recibe la señora?'. —'Nada, absolutamente riada'. —'Entonces no comprendo, por qué la señora está aquí, sacrificando su juventud, asistiendo a seres tan repugnantes'. Por toda respuesta, la Hermana sacó de entre su hábito un crucifijo, lo besó tiernamente y añadió: 'Estoy aquí por amor de Este, por amor de Jesús, que murió por amor de estos pobrecitos y también por mi amor'.

b) *Loa de la cruz*. De hoy en adelante, durante el resto de la Cuaresma, canta la Iglesia himnos bellísimos y conmovedores a la Santa Cruz: 'Vexilla regis prodeunt' y 'Pange lingua gloriosi'. La Cruz es el estandarte glorioso del Rey eterno; el más noble de los árboles, sin par entre todos los árboles de la floresta por sus flores, por sus hojas y por su fruto; es el 'dulce leño', que 'sustentó una carga tan preciosa'; es el 'arca que salva del diluvio de este mundo'.

¡Amemos a la Santa Cruz! ¡Venerémosla aquí, en la iglesia, en casa, en el trabajo, en todo tiempo y lugar! De la Santa Cruz nos viene la luz, la fuerza y el consuelo en el dolor y en el sufrimiento.

(Salió el Sembrador..., Tomo II Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1947 Pag. 214-219)